

Más noticias sobre «El Mueyu»

En el número 9 de esta Revista, correspondiente al año 1960, escribí un artículo sobre esta especie de cabra montés asturiana que se extinguió en nuestras montañas en el siglo pasado.¹

En él expresábamos nuestra sorpresa ante el hecho de que los filólogos no hubieran recogido esta denominación regional entre el acopio de palabras *bables*, y, suponiendo que las referencias a dicha denominación recogidas en nuestro artículo serían incompletas o deficientes, no excluimos «la posibilidad de que en cualquier pasaje de la bibliografía regional se *hubiese* registrado su existencia, pasándonos inadvertido *su registro*».²

Suele ser relativamente corriente el caso de que a raíz de la publicación de un trabajo sobre cualquier materia se recuerden referencias ya publicadas y más o menos interesantes en relación con ella, bien por el propio autor del trabajo, al que habrían pasado inadvertidas a pesar de haberlas leído, o por algunos de sus lectores que al mismo tiempo lo fueron de noticias que aquél olvidó o desconocía cuando lo escribió.

La fuente o las fuentes de algunas de estas referencias suelen ser conocidas por los que realizaron las rebuscas neces-

(1) *El «mueyu», capra pyrenaica extinguida a comienzos del siglo pasado. Archivum*, págs. 361-365. Oviedo, 1960.

(2) *Ibidem*, pág. 363.

rias para su investigación, pero existen otras que son o parecen ser totalmente nuevas, y que vienen a matizar o a rectificar afirmaciones o hipótesis ya formuladas. Tanto las unas como las otras creemos que deben ser dadas a conocer para contribuir a un esclarecimiento más acabado de las cuestiones relacionadas con la materia.

Entre las noticias que hemos recogido después de publicado nuestro artículo, la más antigua corresponde al año de 1826, en que don Sebastián Miñano publicó en Madrid el tomo segundo de su *Diccionario Geográfico-Estadístico*. Tratando en él del concejo asturiano de Cabrales, escribe: «...en los valles se hallan corzos, y una especie de cabra montés parecida a las cabras comunes, bien que de mayor tamaño y ligereza, a quienes llaman en el país mueyos. La armadura del macho —añade— es parecida a la del cabrón, pero mucho mayor.» Estas palabras son casi exactamente las mismas que escribió en 1801 el párroco de Santa María de Llas al describir el concejo de Cabrales, según puede comprobar el lector que se moleste en hacer el cotejo correspondiente.³

En la parte que el tomo V del *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico* de P. Madoz dedica al concejo de Cabrales se dice lo mismo, omitiéndose las palabras que hacen referencia a la armadura del macho. Y en la dedicada al concejo de Amieba del *Diccionario* de Miñano se consigna la existencia en sus montañas de estos animales, a los que denomina —sin duda, castellanizando la palabra arbitrariamente— *Mojos*. Madoz, en cambio, ya no recoge esta referencia en Amieba.

No cabe duda de que los apuntes reunidos por Martínez Marina en la Real Academia de la Historia fueron aprovechados por los autores de estos diccionarios (Miñano y Madoz), con ligerísimas variantes y mayor o menor extensión. Cabe pensar en que, la forma en que se refieren a estos animales, en tiempo presente, no sea debida a la mera repetición de las

(3) *Ibidem*, pág. 364.

palabras copiadas, y que los *mueyos* existiesen real y verdaderamente hacia mediados del pasado siglo, época en la que Madoz publica el tomo segundo del Diccionario, en el que trata del concejo de Cabrales.

Esto vendría a rectificar la idea de que la extinción del *mueyu* en las montañas de Asturias hubiese ocurrido en los primeros decenios del pasado siglo, y ello habría de ser cierto, si, como dice J. Vilar Ferrán, don Casiano del Prado encontró en su excursión por los Picos de Europa en el año 1853 algunos ejemplares de estos animales.⁴ Precisamente habíamos afirmado en nuestro primer artículo de hace cuatro años que el ilustre ingeniero y geólogo nada decía respecto de la capra pyrenaica asturiana, basándonos en que nada dicen los señores José F. Zabala y el Marqués de Villaviciosa en su obra sobre los Picos de Europa, en la que dedican unas páginas a glosar las noticias y observaciones de aquél. Nos parecía casi imposible que estos escritores, buen cazador el segundo y hasta algo historiador de la caza de Asturias,⁵ hubiesen omitido noticia tan interesante como la de que don Casiano del Prado había podido contemplar algunos ejemplares de *capra pyrenaica* en sus excursiones por los Picos de Europa poco después de mediado el pasado siglo.

La noticia que nos transmite Vilar Ferrán está recogida sin citar, como es debido, el pasaje donde consta, y en dos lugares de su *Topografía Médica de Cabrales*;⁶ pero también afirma que, cuando él escribe (en 1921), «todavía viven algunos vecinos que recuerdan haberlos visto»,⁷ lo que acredita

(4) *Topografía Médica del Concejo de Cabrales*. Madrid, 1921, pág. 114.

(5) PEDRO PIDAL, MARQUÉS DE VILLAVICIOSA DE ASTURIAS, y JOSÉ F. ZABALA: *Los Picos de Europa*. Madrid, 1918, págs. 9.12. Ni en estas cuatro páginas dedicadas, a comentar las excursiones de C. del Prado por los Picos, ni en las demás de su obra, consta que aquel geólogo hubiese visto cabra salvaje alguna en aquellas montañas.

(6) En la pág. 16 de esta obra dice que fue en 1853 cuando C. del Prado vio estos animales, y en la 114 alude al hecho, pero no menciona los pasajes ni el texto en que se hallan.

(7) *Ibidem*, pág. 16. Hay cierta confusión o descuido al puntualizar la fecha en que el geólogo español realizó la excursión a los Picos de Europa en la que dice vio algunos ejemplares de cabras salvajes, pues en el primero de los pasajes mencionados dice que fue en 1853, mientras que en el segundo afirma que en 1858. Tal vez confunde esta última fecha con la de la publicación de su *Viaje a los Picos de Europa*, en la *Revista Minera* de 1 de mayo de dicho año.

que fue después de los primeros decenios del siglo XIX cuando aquellos animales desaparecieron del último reducto en que al parecer se conservaron hasta unos años después de mediado dicho siglo.

Por lo hasta aquí dicho, parece no existir duda de que la extinción del *mueyu* en la parte oriental de la Cordillera Cantábrica ocurrió en la segunda mitad del pasado siglo y no en los primeros decenios como habíamos afirmado en nuestro anterior artículo.

Noticia de cierto interés, es la recogida por el conde de Saint-Saud, según la cual los vecinos de Caín (concejo de Cabrales) llamarían a la cabra salvaje existente en otro tiempo en aquellas inmediaciones *mueño* o *mueña* (forma explicable por una equivalencia fonética de sufijo *yo=ño*). Pero esta noticia debería ser más explícita y consignar si los informadores del distinguido alpinista llegaron a ver acaso en su niñez ejemplares de *mueyu* u oyeron a sus mayores hablar de ellos.⁸

Una referencia tradicional de persona ya anciana natural de Llanos de Somerón en el concejo de Lena, afirma que el último *mueyu* que existía en aquellas montañas fue matado algo después de la guerra de la Independencia. Ella nos descubre, al mismo tiempo que una cronología aproximada de la extinción de esta especie de animales en las montañas del centro de Asturias, que hasta nuestros días se conservó por tradición en aquel lugar la denominación con que eran conocidos.⁹

(8) COMTÉ DE SAINT-SAUD, *Monographie des Picos de Europe*, París, 1922, pág. 62, tratando de la palabra *rebeco*, dice que es la *Rupicapra pyrenaica*, a la que también se la llama *bizerra*, agregando que no existe cuerdo sobre este último nombre, «porque *bizerra* sería una cabra montés (*Ibex pyrenaicus*), que, en Caín, lleva el nombre de *mueño*, *mueña*». A continuación escribe: «Combien je préférerais trouver dans ce dernier mot travesti l'etimologie de la sierra du massif central, appelée *Moñas*», es decir *poirées ou marionnettes!*» La cosa no sería imposible, pero tal vez guardan más relación las *moñas* con otros topónimos impuestos a eminencias o lugares montañosos como Muñó (Siero) y Muñón Cimero (Lena), etc., derivados probablemente de una raíz vasca que, entre otras, tiene la acepción de «objeto abultado y redondeado» y «mojón, protuberancia», etc., según COROMINAS (*Diccionario...*, vol. III, voz *MUNECA*). La posibilidad que admitimos presupone que *Moñas* fuese una castellanización de *Mueñas*, como en Amieva hemos visto que *Mojos* lo era de *Muevos*.

(9) Debo esta noticia a mi buen amigo Miguel Buylla, tan excelente cazador como buen conocedor de la historia de aquella región, que la recogió de labios de Fernando González Cachero, vecino del referido lugar, y que contaba ya setenta y seis años en

Complemento de las noticias y comentarios que llevamos hechos, son otras relativas a la etimología de la palabra *mueyo*, y a la iconografía probable existente en algunas esculturas medievales y posteriores.

El catedrático de Filología Románica de esta Universidad, y en la actualidad de la de Salamanca, don Luis Pensado, en sus *Estudios de Lexicografía asturiana* (*Archivum*, t.º X, año 1960, págs. 90-94), dedica unas páginas a razonar la posible etimología de la palabra *Mueyo*, y supone que de una forma análoga al *mouflon* francés o al *mouflone* italiano, podría proceder *mueyo*, pues una base latina *muflo* con la vocal tónica abierta, diptongada, daría *mue*, convirtiéndose en *ll* la combinación *fl* (como de *flamma*→*llama*). Pero, no conforme con esta simple solución, hace interesantes comentarios sobre otros aspectos de esta derivación, y propone también otras soluciones interesantes.

Recientemente, J. Arce (*El Muflón Sardo en unos versos de Góngora...* Tirada aparte de la RFE, t.º XLV, 1962, págs. 1-17), estudia las vicisitudes de las palabras sardas *muflo* y *mufiones*, consignadas como tales a mediados del siglo XVI por G. Gesner, S. Arquer, y otros posteriores, y, comentando la opinión de L. Pensado y la nuestra, recuerda la orientación onomatopéyica que hemos intentado dar a su etimología, al parecer análoga a la del escritor sardo G. Bottigliani (*I nomi del mouflone e il riflesso indoeuropei della radice, MU «muggito», etc.* Ann. delle F. di Lettere e Filosofia della R. Università de Cagliari, vol. I-II, Bologna, 1928, pp. 77-92), que desconocíamos cuando escribimos nuestro primer artículo sobre el «mueyu».

El caso es que la raíz *muf-* se conserva en *mufione*, italiano; *mouflon*, francés; *mufion*, inglés, y *muffewild*, alemán, y más

1949. Cazador como su padre y su abuelo, manifestó que la noticia procedía de este último, quien añadió los detalles de que el animal había sido cazado: «...sobre unas peñas grandes que había sobre Fasgal» y que: tenía unos cuernos muy gordos y grandes», de los cuales, «por lo menos uno, se lo habían traído a una bruja de Oviedo, que pasaba el agua por la licornia, para ver si estaban aguevaos» algunos clientes. Se refiere a la práctica supersticiosa de lo que en Asturias se llama *pasar el agua por el alicor*, para averiguar, después de echar un trozo de cuerno quemado en un recipiente con agua, observando las burbujas que suben a la superficie, si los pacientes estaban o no dañados por el *mal de ojo*.

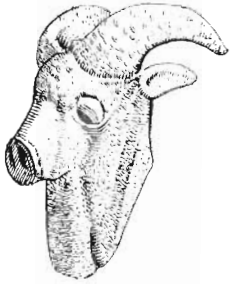
de una vez nos asaltó la idea de si esta sílaba *muf* o *mus* (en la antigüedad también se denominaba *musmón*, y esta forma es admitida en el *Diccionario de Autoridades de 1734*) pudiera tener algo que ver con la especie de bufido ccon el que los machos viejos de estas especies de *capra* que capitaneaban sus rebaños o grupos avisaban del peligro en momentos determinados, lo mismo que lo hacen los rebecos, de análoga estampa, vida y costumbres.

La iconografía medieval románica y gótica de las regiones del Norte de España suele incluir en su repertorio escultórico algunas imágenes de animales cinegéticos, como osos, jabalíes, corzos y, alguna vez, ciertas especies de cabras, en ocasiones de discutible identificación.

Las que reproducimos a continuación ofrecen, en parte, cierta probabilidad de identificación con la *capra pyrenaica* asturiana o *mueyu*. Tal ocurre con las figuras 1 y 2, de las que la primera corresponde a un canecillo románico, del siglo XII, perteneciente a uno de los ábsides de la Colegiata de Santillana del Mar, en la provincia de Santander, siendo en ella bien visible la forma ancha del arranque o base de los cuernos hacia la parte de su nacimiento. Esta es, de todas las imágenes que reproducimos, la que representa mejor un *mueyu*. Las demás son discutibles.

La segunda, procedente de una basa de la capilla de Nuestra Señora del Rosario de Sograndío, cerca de Oviedo, es de época incierta entre el plateresco y el barroco, y, aunque no cabe duda respecto de su identificación con una cabra salvaje, podría ocurrir también que resultase una mera copia de algún motivo decorativo renacentista tomado de cualquier relieve. Al fin, este género de cabras existía en muchas partes montañosas de Europa y pudo haber sido incorporado al repertorio decorativo renacentista, siempre rico y profuso en elementos vegetales y animales.

La forma en que aparecen dispuestos los cuernos en el relieve de esta basa es la más parecida a la de algunos ejemplares de la *capra pyrenaica*. No ocurre lo mismo con las figuras 3 y 4, pertenecientes a unos canecillos de la iglesia



CAPRA de un canecillo de la Colegiata de Santillana del Mar



Basa del pórtico de la Capilla de Nuestra Señora del Rosario, de Sograndio



Canecillo de la Iglesia de San Pedro de Teverga



Canecillo de la Iglesia de San Pedro de Teverga

A las imágenes de la escultura medieval, que recogemos en esta lámina, es posible se puedan agregar otras de la misma especie probablemente existentes en otras iglesias de la región cántabro - astur.

románica de San Pedro de Teverga, esculpidos poco después de mediado el siglo XI.

La cornamenta de la 3 ofrece la forma de tendencia a la lira, que a veces se observa en la *capra hispánica*, mientras la 4 tiende a *capra* menos desarrollada, y no deja de ofrecer alguna duda de que su escultor hubiese intentado reproducir la cabeza de un rebeco, expresando la curvatura que hacia atrás tienen los cuernos de estos animales, colocándola artificialmente hacia los lados (caso de *realismo intelectual*, según la calificación de G. H. Luquet)¹⁰.

JUAN URÍA RIU

(10) G. H. LUQUET: *L'Art et la Religion des Hommes Fossiles*. Paris, 1926, pág. 84.